

arte exposición

Ser artista hoy implica tener posibilidades mayores a la hora de contemplar el dilatado repertorio de la Historia del Arte, desplegado, como se ha comprobado en el discurrir del tiempo, en un sinfín de variables. Dentro del abanico de géneros artísticos, el retrato nos ha surtido con posiciones desde idealizantes a simbólicas; en ocasiones se ha teñido de fuerte carga social o satírica, cuando no convulso, descarnado o tan diseccionado como irreconocible. Ha habido ejemplos acariciantes, como el que nos ocupa, que lo han mimado como si de auténtica joya se tratase; en todo caso, una imagen puede perdurar casi eternamente y en muchas ocasiones acaba por caracterizar a un determinado modelo situándolo más allá de los avatares temporales.

Lucila Yáñez (Viveiro, Lugo, 1963) expone su joven galería de personajes infantiles o en edad preadolescente en la Obra Social de Caixanova, en Vigo, recurriendo al género milenario del retrato ya por motivación personal, ya por encargo, pero siempre cargada de un empirismo paciente y continuado en un trabajo artístico marcado por su propia biografía. En este caso, parte de su círculo familiar más próximo haciendo aflorar el tema de la niñez precisamente cuando ella misma adquiere la condición de madre. El acontecimiento maternal, el hecho de preocuparse por los placeres e inquietudes de sus retoños ha conseguido filtrarse en su obra para pasar poco a poco a ser predominante en ella.

El primero de sus hijos fue Miguel. Después vinieron los benjamines Pablo y Marcos. De la contemplación paciente y psicológica de los tres, intentando impregnarse de los sentimientos que anidan en ellos, surgen los dibujos familiares en los que se mezclan con armónica mirada la necesidad de compaginar su actividad pictórica con la responsabilidad educativa.

LUCILA YÁÑEZ

INFANCIA DULCE

Texto: **Fátima Otero**

Estos primeros dibujos son un tanto subjetivos; están marcados por su propia experiencia vital en una posición ideológica cercana al arte feminista, en el sentido de surgir de vivencias y reflexiones alejadas de la última vanguardia y apostando por un género difícil, denostado o ignorado por muchos. De ahí da el salto a las obras de encargo; es entonces cuando se filtra y desfila por sus cuadros la multiculturalidad de

una joven sociedad gallega en la que a los niños de nuestra propia comunidad se suma una rica amalgama de

procedencia asiática u otros mestizajes, ya convertidos en algo habitual de nuestras calles.

Hay mucho dibujo en su innata capacidad gráfica. Resulta asombroso su dominio de la técnica del retrato, que exige una cualidad especial y una disciplina académica con el pincel. Quizá no sea ajena una sólida formación y una voluntad férrea. Su estilo se pule con su paso por Bellas Artes, su actividad como restauradora y su gestión cultural, que le brindan la ocasión de conocer, restaurar y estudiar muchas obras. De esa suma de experiencias sale un dominio de trazo sutil que el espectador vislumbra espontáneo al punto de hacer parecer el arduo proceso creativo como algo sencillo, pero sobre todo impregnado de frescura.

El *modus operandi* de Lucila Yáñez pretende metamorfosear la realidad desnudando el detalle. Es así como casi elimina rasgos físicos que ni siquiera define, tan sólo los sugiere porque simplemente la artista no los necesita para lograr en la fuerza de una sola parte de la cara un rostro convincente. La sugerencia de determinadas partes faciales la extrapola a los fondos o a determi-

nados complementos que, como queda dicho, equivale sólo a sugerir, recordando en ello que lo intuido atrae y provoca más que lo evidente y real. Eliminando fondos consigue transportar la perseguida inocencia infantil a un mundo mágico, impregnado en un immaculado entorno lumínico, para mutar de ese modo la figura en imagen poética y grácil.

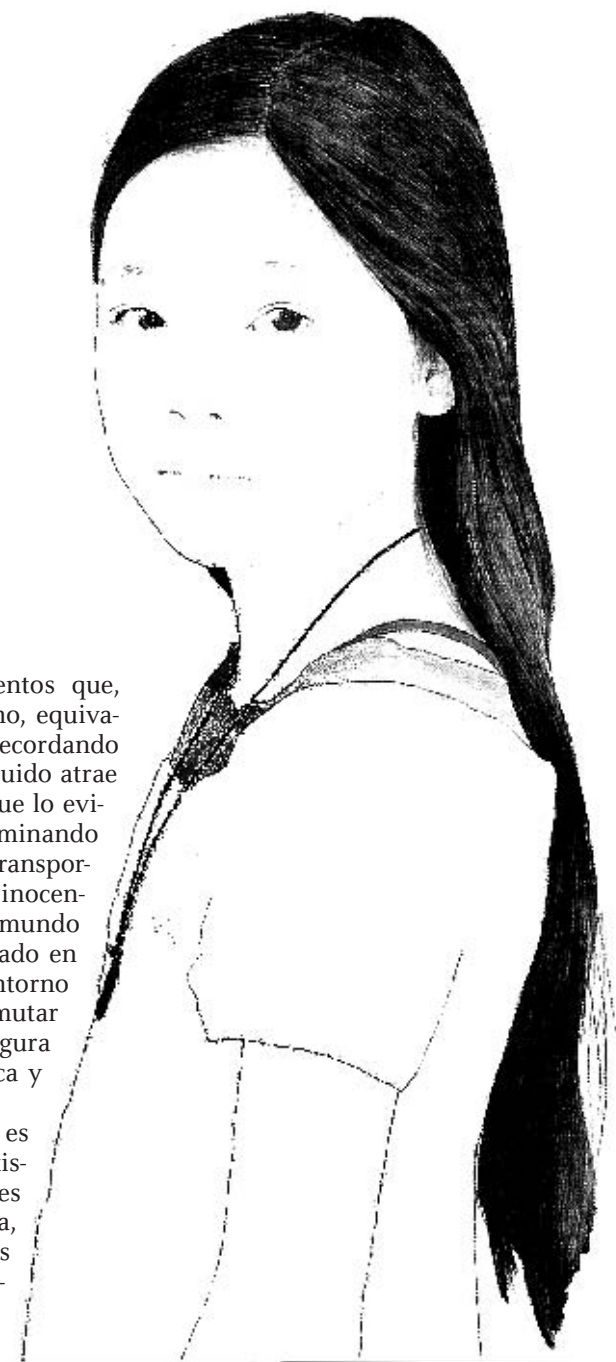
Si lo menos es más, cuando la artista resta en paisajes y carga decorativa, reducida a frescos salpicados de tenues colores, suma en el poder de

■ **MIRADAS PILLAS, PUPILAS ÁVIDAS, A LA ALTURA DEL QUE LAS CONTEMPLA**

■ **EL MODUS OPERANDI DE LUCILA YÁÑEZ PRETENDE METAMORFOSEAR LA REALIDAD DESNUDANDO EL DETALLE**

la mirada de unas infancias en las que tampoco se descuida el gesto o las poses en las que prefiere adoptar el estado de calma y sosiego. Miradas dulces, no hay tiempo para el lloro o la sonrisa amplia, todas esgrimen un rictus agradable de asombrosa síntesis formal, en la que se consigue atrapar un tiempo fugaz con atisbos de meditación, que invitan a reflexionar sobre aquel tema barroco del *tempus fugit*.

Miradas pillas, pupilas ávidas, a la altura del que las contempla, en la hora de explorarlo todo pero que aquí las ha explorado el poder indagador



de esta artista cuya discreta personalidad queda en parte proyectada en estos delicados dibujos. Todos tienen en común la cualidad de la serenidad, que pasa a ser anagrama común. A través de apuntes del natural capta el alma de estos críos en su primera etapa vital. *Marta, Laura o Yang Feng y Yang Jia Hao* son títulos de cuadros que aluden al personaje. Observarlos al natural, intentar conectar con ellos para traslucir tanta pose exenta de afecciones es imprescindible en el resultado final; tanto es así que la autora sólo se servirá de la fotografía como atajo para completar la imagen, pero en ningún caso le servirá de comentario a la manera de Richter.

Rostros jóvenes se incorporan a otros de la amplia selección presentada el pasado año por Caixanova. En ella figuraban firmas de la talla de Thomas Chütte, Cindy Sherman, Marina Núñez, Susy Gómez o Cristina García Roder, entre otros. Ahora el de Lucila Yáñez se abre al mundo artístico con una fresca y serena belleza: la de sus retratos para niños. Un placer para compartir.